

LA EVOLUCION DE LA POLITICA ITALIANA

La evolución de la política italiana era previsible desde las elecciones de la pasada primavera. Invitado el pueblo soberano a pronunciarse respecto a la orientación que debía tomar la política, éste había dado una respuesta tan confusa como los oráculos de la Pitonisa de Delfos. Los sabios debían interpretarla. En régimen democrático este papel incumbe a los jefes de los partidos. Pero la sabiduría de los hombres políticos resulta un tanto afectada por sus pasiones y por sus intereses. Las elecciones se habían realizado sobre la cuestión de «la apertura a la izquierda». La democracia cristiana, dirigida por Fanfani y su grupo, quería agregar a sus aliados del ceniro izquierda el partido socialista de Pietro Nenni, que se dice revolucionario y es seguramente anticlerical. Según los defensores de esa política, se trata de romper la coalición de los socialistas y los comunistas mediante hábiles concesiones hechas a los primeros, a fin de conquistarlos para la buena causa y aislar a los segundos. Este matrimonio de razón entre el partido confesional, que es la democracia cristiana, y el socialismo ateo sería motivo de sorpresa si no se recordara que en la época de la guerra antifascista Alcideo de Gasperi ya se había aliado con Nenni e incluso con Togliatti. Ciertamente es que en aquellos tiempos los americanos cooperaban fraternalmente con los rusos de Stalin. El día en que la plutocracia anglosajona rompió con los soviets, De Gasperi y Togliatti se separaron. Pero Nenni fué el único socialista occidental que se solidarizara con los hombres de Moscú. Fué precisa la represión de la revolución húngara y las revelaciones de Jruschev sobre el reinado de Stalin para que el jefe socialista se alejara—aun sin romper del todo—de sus compañeros de la extrema izquierda. Con todo, una ruptura completa entre las dos agrupaciones marxistas no ha tenido nunca lugar hasta ahora.

¿Por qué Pietro Nenni trata de separarse de sus viejos asociados comu-

nistas? Probablemente, porque se percata de que en esta asociación los socialistas pueden perderlo todo. A cada elección, los comunistas los roen por la izquierda y los saragatianos por la derecha. De seguir mucho tiempo este juego, ya no quedaría gran cosa del partido de Matteoti. Por otra parte, la revolución brutal que los marxistas italianos podían esperar en 1945 no fué realizada y resulta poco probable en el actual ambiente aburguesado. Lo mejor, pues, es aceptar las propuestas de alianza de la Democracia cristiana y compartir cómodamente los beneficios del poder. Pero este criterio no es el de todos los miembros de su partido. Una fuerte minoría quería seguir asociada a los comunistas y otra pretendía permanecer asociada con éstos, al menos en el plano sindical, y no admitir una colaboración con la Democracia cristiana más que si dicha Democracia cristiana hiciera nuevas concesiones al programa del partido. Desautorizado, Nenni hubo de aplazar para más adelante su entrada en el ministerio «rojo-negro».

Enfrente, los dirigentes de la Democracia cristiana tropezaban con una oposición no menos viva, pero, por parte del ala derecha de su partido dirigido por los viejos colaboradores de De Gasperi, Pella, Gonella y Scelba, quien, como ministro del Interior, tuvo el mérito de cortar el camino a los comunistas después de 1945. Estos, recordando que su agrupación se ganó la confianza de los italianos presentándose como defensora intransigente de la libertad contra el marxismo, se oponían a nuevas medidas de carácter marxista. Sus objeciones forzaban a su secretario general, Aldo Moro, a mostrarse firme en su diálogo con Nenni.

Nenni, lo mismo que Fanfani y Moro, se hallaba en una situación análoga: correr el riesgo de provocar un cisma en su partido si querían imponer su política. Y todos prefirieron buscar rodeos. Al no dar con una fórmula capaz de conciliar los inconciliables, aplazaron su intento. Llegaba el verano con sus perspectivas de vacaciones. Los asuntos serios se plantearían al finalizar el veraneo. Los comunistas no dejaron de aconsejar que el presidente Fanfani fuera el encargado de formar gobierno. El presidente Segni no hizo caso. Este profesor sardo, que tiene fama de íntegro y que fué uno de los pocos hombres políticos de la democracia cristiana que intentara convertir en hecho la reforma agraria en la Italia meridional, entendié cortarse el camino del poder al comunismo. Pensó que no habiendo logrado Fanfani convencer a la mayoría de los electores italianos de la excelencia de su política, éste quedaba—al menos durante algún tiempo—apartado del juego. Por tropezar Moro con la barrera de los socialistas autónomos, fal-

taba por encontrar a un personaje neutro para presidir el gobierno democrata cristiano que asegurase el interin durante el verano.

* * *

El presidente Segni escogió para este papel al presidente de la Cámara, Giovanni Leone. Este napolitano, que no carece de flexibilidad, tenía buenas relaciones con la mayor parte de los jefes de grupos políticos. Vivía al margen de las polémicas de los partidos. Había de ser aceptado sin demasiadas dificultades. Fué, en efecto, lo que sucedió. El nuevo presidente del Consejo conservó a muchos colaboradores de Fanfani—incluso a los muy discutidos Trabucchi y Sullo—, volvió a llamar a uno o dos miembros de la tendencia derechista, cual el ministro de Industria, Togni, y se presentó ante las Cámaras que lo aprobaron. Italia tenía un gobierno de verano.

Los ministerios de este tipo no suelen dejar rastro en la historia. Sin embargo, no todo fué lo mejor posible durante este interreino. No porque el «honorable Leone» haya sido un gerente particularmente desastroso, sino porque bajo su gobierno se pusieron de manifiesto cierto número de gre-tas cuya causa era mucho más antigua que su llegada al poder. Un cronista sólo preocupado por los hechos podría resumir secamente los acontecimientos del Ministerio Leone como sigue: «La agitación social se acrecentó. Muchos capitales se expatriaron y los escándalos político-financieros se incrementaron con el asunto Ippolito.» Tal vez pudiera agregar: «El loable proyecto de hacer que se publicaran las cuentas de los partidos políticos, al objeto de conocer la procedencia de sus recursos, no pudo ser llevado a bien.» Así se presentaría todo el balance de una gestión que ha visto sombras enojosas apagar el resplandor del «milagro italiano».

Esta expresión, que pertenece al vocabulario de la prensa y de los políticos de la postguerra, quienes se inspiran más en los métodos de la respetable dirección de un circo Barnum que en los antiguos maestros, respetuosos de la medida de las cosas, significa sencillamente período de prosperidad. De tomársela en serio, se podría exclamar como aquel personaje de Racine: «¿Qué tiempo más que el nuestro es fértil en milagros?»: el milagro alemán, el milagro italiano, el milagro japonés, todo ello para decir que pueblos que habían sido lo bastante poderosos como para hacer oscilar durante años el equilibrio del mundo, habían podido reconstruir, al venir la paz, una eco-

nomía próspera con la ayuda financiera de sus vencedores (y sin el peso de excesivas cargas militares).

Tal ha sido el caso de Italia. La voluntad con que el pueblo italiano ha reconstruido sus ciudades, sus puertos, su red ferroviaria en ruínas al terminar la guerra, mereció la admiración. Posteriormente, cuando el ministro de Hacienda, Einaudi, logró detener la inflación y la caída de la lira, la economía italiana se desarrolló con una rapidez y una intensidad notables. Los doctrinarios del nuevo régimen podían triunfar proclamando que la economía libre de la democracia aventajaba la economía cerrada de la época fascista. Los italianos, humillados por la guerra, volvían a recobrar su orgullo subrayando su recuperación. Pero esta prosperidad, se preguntaban ciertos observadores, ¿sería duradera?

La crisis de confianza que se ha diseñado en el curso de estos últimos meses no surgió, sin embargo, como consecuencia de un desfallecimiento de la economía, sino en razón de la evolución política. La prosperidad italiana se ha desarrollado bajo el gobierno de la democracia cristiana aliada a los socialistas demócratas de Saragat y a los liberales. Ahora bien, la apertura a la izquierda, propuesta por Fanfani con, al parecer, la aprobación de los diplomáticos americanos, apartando el elemento más derechista de la coalición, empezó a causar inquietud a los capitalistas. La nacionalización de las industrias eléctricas acrecentó la desconfianza de los poseedores. Cuando resultó evidente que el Ministerio Leone no duraría y sería seguido por una nueva combinación de centro-izquierda en la que los socialistas pedirían nuevas nacionalizaciones, se produjo un fenómeno clásico: los capitales empezaron a evadirse hacia los países que brindaban abrigos seguros. Los Bancos suizos recobraron el encanto que tenían a los ojos de los capitalistas italianos cuando el Duce empezó a causarles inquietud. En suma, la Italia de 1963 se halla en la situación de la Francia de antes de la guerra, cuando la llegada al poder de las coaliciones de izquierda—Cartel o Frente Popular—desencadenó la huida de los capitales, hasta el momento en que el fracaso de la política económica de los gobiernos democráticos exigió la retirada de los marxistas y la reconciliación de los radicales y de los moderados. Por tanto, cabe preguntarse si la lucha entre la izquierda y lo que Edouard Herriot llamó «el muro de dinero» no va a desarrollarse ahora en Italia.

Dos elementos podrían hacer más difícil la tarea del gobierno de centro izquierda. En primer lugar, el déficit de la balanza comercial crece con el

tiempo, sin que pueda atribuirse a un esfuerzo de equipamiento nacional el exceso de las importaciones. Bien es verdad que el turismo y las expediciones de obreros para trabajar en el extranjero colman en parte este abismo. Pero no habría que abusar demasiado de las revueltas si no se quiere asustar a los turistas. En segundo lugar, la inflación monetaria crece asimismo de modo inquietante (529.000 millones de liras del 31 de agosto de 1962 al 31 de agosto de 1963), causando sus habituales disturbios sociales: alza de los precios y descontento de los rentistas y de los asalariados. Si los primeros arman poco ruido, los segundos han manifestado o manifiestan ruidosamente su descontento, tanto más cuanto que los partidos de la oposición no dejan de incitarles a clamar su ira.

Uno de los principios de la propaganda comunista es tener en vilo a sus militantes, haciéndolos participar en la difusión de la doctrina, en las campañas de reivindicaciones sociales o en las grandes manifestaciones en la vía pública. Palmiro Togliatti y sus lugartenientes echan a la calle a sus «agitadores» por cualesquiera acontecimientos de Grecia, de España o del Vietnam del Sur. Pero la suerte de los bonzos no hace vibrar demasiado a las muchedumbres. Por el contrario, la disminución paulatina del poder adquisitivo de los trabajadores es para éstos motivo de descontento que los lleva, no sólo a participar en las huelgas que turban el clima social italiano, sino también a seguir los equipos de choque especiales del Partido comunista. Se ha visto en Roma el 9 de octubre pasado, cuando el conflicto de la construcción provocó una verdadera batalla entre los albañiles y la policía y daños considerables en la plaza de Venecia y sus alrededores. Semejantes manifestaciones sirven a los marxistas para quebrantar el Gobierno (antaño derrocaron al demócrata cristiano Tambroni, al que abandonó el ala izquierda de su partido), pero más aún, les ayuda a realizar la unidad proletaria contra los burgueses y su policía. Los militantes comunistas, incluso si no salen demasiado malparados de estas escaramuzas, adquieren cierto prestigio a los ojos de los simpatizantes y se ganan sus sufragios. Una indicación interesante ha sido dada a este respecto por las elecciones sindicales de la F. I. A. T., que se desarrollaron el pasado 9 de octubre, al mismo tiempo que los disturbios de Roma. Los obreros de la F. I. A. T. tienen fama de contarse entre los mejores pagados de Italia, incluso de Europa. Desde hace varios años—exactamente desde los tiempos en que la señora Booth Luce, embajadora de los Estados Unidos, les dió a escoger entre los pedidos americanos y la revolución antiyanqui—la representación de la

C. G. I. L.—la central sindical comunista—era minoritaria. Pero en las elecciones de 9 de octubre, cerca de 25.000 obreros—sea un 34,3 por 100 de los mismos—han votado en favor de los candidatos de la coalición comunista-nenniana. Para el conjunto del personal—ya que los empleados se habían resistido a las solicitaciones marxistas—, la extrema izquierda conseguía un porcentaje del 29,2 por 100 (sólo había tenido el 22 por 100 en las elecciones de abril de 1962), convirtiéndose en el grupo más numeroso del cuerpo electoral sindical de las fábricas F. I. A. T. Los observadores han sacado la conclusión de que, por primera vez desde 1955, los marxistas intransigentes habían recobrado la iniciativa de las operaciones.

¿A qué se debe este despertar del movimiento revolucionario? Probablemente, a la afluencia hacia las regiones industriales del Norte de los pobres diablos del Sur, quienes aún se encuentran en la condición proletaria. Pese a los loables esfuerzos realizados para enriquecer las regiones del Sur, procediendo a la redistribución de ciertas tierras y al desarrollo de la industria, el nivel de vida de los meridionales sigue siendo bajo. Como la natalidad sigue siendo fuerte entre sus habitantes, no les queda otra alternativa que vegetar en sus pueblos o ir a ganarse la vida en las provincias industriales del Norte o en el extranjero. La mayoría se va; pero estos desarraigados, poco instruidos en general, que viven en condiciones incomfortables, son una presa fácil para los propagandistas comunistas. El Gobierno suizo ha atraído la atención de Roma sobre este hecho y ha adoptado medidas bastante enérgicas para suprimir esos focos de infección, mandando otra vez a su país a los militantes comunistas o a aquellos que no respetan su hospitalidad. Pero en Italia, donde el Partido comunista tiene las manos libres, nadie se opone a que los pobres *terroni* sean catequizados por los discípulos de Togliatti. Que muchos de esos proletarios, transplantados bruscamente de su pueblo, donde aún existen jerarquías, a la muchedumbre de las grandes ciudades, se dejen cazar por sus argumentos, es normal. Así se incrementan—libremente—los elementos revolucionarios.

Para hacer frente a este movimiento, el Gobierno Leone no tenía ni la mayoría suficiente en la Cámara ni la fuerza moral necesaria. Una serie de incidentes enojosos había disminuído su prestigio y más aún el de la democracia cristiana. Lo más escandaloso resultaba constituído por «el asunto Ippolito», secretario general del Comité Nacional para la Energía nuclear. El protagonista de este asunto, un profesor que la prensa de la oposición de derechas señala como formando parte del clan «fanfaniano», es

acusado de haber confundido la caja de su organismo con sus propias finanzas. Se le reprocha el haberse quedado con 20 millones concedidos por el Banco Nacional del Trabajo al Comité Nuclear, de haberse hecho entregar «en concepto de adelanto» otros 30 millones, de haber tomado, en calidad de proveedores, sociedades en las que tenía importantes intereses personales. Estos hechos han causado un efecto desagradable en la opinión pública, que comprende mal que el Estado haya ignorado estos tráficos y se pregunta si la camaradería política no ha llevado a que se cierre los ojos ante ellos. Suspendido de sus funciones, el profesor Ippolito se ha defendido hábilmente y ha eludido—acaso provisionalmente—el peso de la justicia. Entre tiempo, otros acontecimientos, cual la catástrofe de Langarone, relegaron este escándalo a un segundo plano. Pero aquí también la posición—la de la izquierda esta vez—halló materia a crítica recordando que los electos locales habían criticado la construcción de la presa que había sido la causa indirecta del drama. El Gobierno Leone no era responsable ni de las negligencias de la administración del Comité Nuclear, ni de la construcción de la presa-embalse del Valle del Vajont. Pero él era el que recibía las flechas de la derecha y de la izquierda. Se concibe que el honorable Giovanni Leone se haya apresurado a anunciar a principios de octubre que consideraba concluída su tarea y haya dejado a otros el cuidado de resolver problemas que apenas si podía resolver.

* * *

La crisis, como las anteriores, estaba abierta no por la voluntad de las Cámaras, sino por el juego de los partidos en su Congreso. Como en la época de la decadencia de la III República francesa, ya no son los «representantes del pueblo» quienes deciden del destino del Estado, sino los delegados y la burocracia de los partidos. La deformación del régimen parlamentario, debida al predominio de los partidos de masa, hace que sea el estado mayor de dichos partidos el que haga y deshaga los ministerios que, en principio, están investidos por el Parlamento y derrocados por el mismo. Una mente maliciosa podría establecer una paralela entre la ascensión de Aldo Moro, secretario de la Democracia cristiana en Italia, y la de Stalin o de Jrushev. Evidentemente, el Partido comunista ruso y la Democracia cristiana italiana han tomado el poder y lo conservan con medios muy diferentes, lo cual no impide que en ambos casos el jefe del aparato administrativo y del partido, que sitúa a sus amigos en los puestos de mando de las

provincias y que organiza los congresos, pueda pesar de modo decisivo en los militantes y convertirse en el jefe real del partido. Es lo que motiva que desde el declinar de Fanfani, Aldo Moro estuviera designado para reanudar el diálogo con los partidos de izquierda.

Todo dependía de la respuesta que diera el Congreso socialista. Se sabía que éste estaba dividido entre Nenni, partidario de la colaboración con la Democracia cristiana, y Vecchiotti, defensor de la autonomía del partido. Entre las dos tendencias, Ricardo Lombardi, tráfugo del partido de la Acción, desempeñaba el papel de árbitro. Aunque Lombardi haya sostenido polémicas con el viejo *leader*, haya pedido nuevas nacionalizaciones y condenado «el espíritu atlántico», finalmente se ha podido encontrar un compromiso, de conformidad con la tradición de los congresos democráticos. Si Nenni ha logrado que se aprobara el principio de la participación en un gobierno de centro-izquierda, Lombardi ha conseguido que se incluyan reservas sobre la política económica y la participación en la alianza atlántica que toman difícil un acuerdo duradero con los demócratas cristianos y los socialistas de Saragat.

* * *

Todo ello hizo prever un gigantesco regateo. Los socialistas habían pedido mucho para conseguir algo. Los demás partidos habían empezado por poner el grito en el cielo. Aldo Moro, encargado de formar el Ministerio, había especificado que Italia debía seguir siendo fiel a la Alianza Atlántica, con todas las obligaciones que se derivan de este programa. Para el interior, después de haber expuesto su plan económico de defensa de la lira y de prosecución de la expansión, especificó que había que dejar en la oposición, por una parte, a la derecha e incluso a los liberales, viejos asociados de su partido desde 1947, pero demasiados vinculados al capitalismo, y por otra, a los comunistas. Pese a las objeciones de los refractarios del partido socialista nenniano y de la derecha demócrata cristiana, ese programa de tono moderado logró la mayoría del centro izquierda. Así pudo constituir su gobierno el Profesor Moro después de un mes de discusiones. La dosificación de los partidos concede dieciseis carteras a la Democracia cristiana, seis a los socialistas de Pietro Nenni, tres a los socialistas demócratas y una a los republicanos. Partidarios resueltos de la fidelidad a la Alianza Atlántica, cuales el Ministro de la Guerra, Giulio Andreotti, y el de Asuntos Exteriores, Giuseppe Saragat, neutralizan a Nenni, y a su *compañero de equipo*, el

ex diputado comunista Giolatti que representa la tendencia «lombardista» en el nuevo Ministerio. El Presidente Moro tendrá una delicada tarea de conciliador para mantener una unidad de acción entre colaboradores con ideas tan diferentes—ello sin mencionar las divergencias existentes entre los mismos demócratas cristianos. ¿Lo conseguirá? Ese profesor de Universidad no tiene fama en su país de ser una personalidad con gran relieve. Tratará—se dice—de convencer antes que de mandar o simplemente de arbitrar. Algunos estiman que poco a poco se desgastará en esta tarea y que deberá dejar el puesto a los hombres prominentes de la izquierda italiana, que son Fanfani y Lombardi. La misión de Moro consistiría sencillamente en ir acostumbrando el país a la nueva política, en remediar la crisis financiera y preparar el camino para los verdaderos jefes de la nueva mayoría.

De hecho, las dificultades subsisten. La mayoría teórica en el Parlamento es confortable (191 votos de 320 en el Senado y 386 de 530 en la Cámara). Pero se menguará ante cada cuestión espinosa. Los socialistas ya han visto pasarse a la desidencia a la minoría de Vecchietti y la unidad de la Democracia cristiana ha resultado tan afectada por las críticas de Mario Scelba y de sus partidarios que el *Osservatore Romano* ha tenido que intervenir para imponerles, en nombre del Vaticano, la disciplina católica. Pero el caso es que si se quiere restablecer finanzas sanas, será preciso tomar medidas de austeridad que, siendo impopulares, favorecen las disidencias. Esta es la baza con la que cuenta Togliatti. Si el viejo jefe comunista desempeña su papel de oponente cortés en el Parlamento, ha desencadenado en el país una serie de huelgas en las que comunistas y socialistas marchan codo con codo contra el gobierno. No trata con ello de derrocar el gobierno, sino de desacreditar ante las masas a los partidos que lo apoyan. En suma, los comunistas italianos están dispuestos a sacar las ventajas de la oposición y no desean la caída inmediata del nuevo gobierno.

Muchos italianos así lo ven. Temen el maquiavelismo de Palmiro Togliatti y se preguntan si éste no va a utilizar a Nenni para gravitar sobre el Gobierno de centro-izquierda, haciéndole adoptar medidas que, a largo plazo, prepararían la revolución italiana. Citan al apoyo un texto del comunista Antonio Gramsci, el cual, aunque fechado en 1922, pudiera tener una actualidad incuestionable: «Los católicos demócratas representan una fase necesaria del proceso de desarrollo del proletariado italiano hacia el comunismo... El catolicismo democrático hace lo que el socialismo no podría hacer: amalgama, ordena, unifica y se suicida. Toma forma.

Se convierte en una potencia real. Sus muchedumbres se soldan a las masas socialistas conscientes... Los católicos demócratas son para los socialistas lo que Kerenski fué para Lenin.»

El texto es impresionante. Los viejos demócratas cristianos deben recordarlo a veces con inquietud. Enfrente, es verdad, sus segundones creen que el dinamismo de la expansión y el apoyo de una Iglesia abierta a las ideas del siglo bastarán para mantener su hegemonía. Algunas elecciones municipales parciales han confirmado el apego de una buena parte del electorado italiano al partido confesional. Su reino no está próximo a su fin. Pueden, pues, intentar una experiencia que, según la aritmética parlamentaria, es la única capaz de dar una base un tanto sólida a un gobierno. Pero las dificultades de constitución de ese gobierno, las contradicciones existentes entre los partidos—en Florencia, en el Valle de Aosta, por no citar más que los últimos ejemplos, ello sin hablar de las divisiones internas de los mismos partidos—llevan a temer que los ministerios que nazcan de esa combinación no tengan una existencia muy larga o estén condenados, para subsistir, a relegar al último plano las cuestiones serias y a contentarse con vivir al día.

CLAUDE MARTIN.